

¿Crítica de la Iglesia?

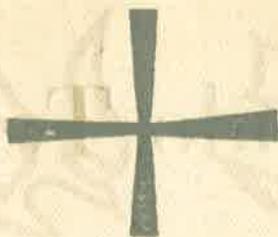
Entre los dos extremos de aquella participación en los intereses de la Iglesia, que corresponde a todo buen hijo de ella, no sólo a la Jerarquía, el de una indolencia que no ayuda a descubrir las deficiencias donde las hay, y el de una crítica incompetente, amarga y depresiva, está el justo medio, difícil de lograr.

Los Obispos holandeses han señalado, en carta colectiva a sus fieles, los cauces por donde ha de correr y las cualidades que deben animar una crítica iluminada y bienhechora: competencia en aquello de que se habla, nacida de fe honda e ilustrada, modestia, pudor, tristeza de quien obra por amor hacia la más apreciable y amable de las madres, y, finalmente, la responsabilidad en la elección de medios para no atentar contra la obediencia y amor propios y de los hermanos.

“Vuestro celo por llevar a la Iglesia hacia esta radiante renovación que, según la palabra del Papa Juan XXIII, será como ‘una dulce invitación’ para los de fuera, nos hace comprender la franqueza con que algunos fieles reprochan a la Iglesia ciertas deficiencias. Que haya en la Iglesia lugar para una ‘opinión pública’, la voz altamente autorizada del Papa Pío XII lo ha confirmado expresamente. A vosotros tampoco podemos ni queremos rehusar este derecho. La Iglesia no teme el mirar los hechos en su verdad histórica, aunque tal verdad no sea siempre agradable.

Pero en ese caso sea competente vuestra crítica. Sobre todo, cuando se trata de cuestiones íntimamente ligadas al contenido de la fe, solamente el creyente que las ha examinado a fondo, está capacitado para hacer una crítica oportuna y sin peligro de cometer errores lamentables. La crítica católica es conducida no sólo por el amor a la verdad, sino también por el sentido de la responsabilidad y por la convicción de que el descubrimiento de la verdad es siempre una conquista difícil, en la que nadie puede atribuirse una especie de ‘ciencia infusa’. Encontrar la verdad exige siempre competencia.





Pero hay más: Sólo la caridad hace de la verdad una luz. Así pues, distíngase vuestra crítica, sí, por su competencia, pero esté también exenta de amargura, de rencor y de acrimonia debidos a un sentimiento de inferioridad. La crítica católica es expresión de un verdadero amor a la Iglesia. No conoce la arrogancia, antes bien la solicitud por la Iglesia; y se hace acompañar por una cierta tristeza cristiana. La crítica católica, derecho y deber de los fieles, es un gesto de amor; si desvela las faltas de la Iglesia, nuestra Madre, lo hará con pudor; la caridad le obligará a buscar con delicadeza y tacto cristianos las mejores posibilidades y medios de hacer conocer sus observaciones filiales; en fin, la caridad retraerá al creyente de mirar su propia obediencia y la de su hermano.

Frente a los que no participan de nuestras convicciones y creencias, se usa con toda razón la dulzura y la benevolencia; se evita el molestarlos o herirlos. Con más razón todavía se impone esta delicadeza para con 'nuestros hermanos en la fe', como lo pide San Pablo: 'practiquemos el bien con todos y sobre todo con nuestros hermanos en la fe' (Gal. 6, 10), principalmente cuando se trata de personas a las que, según un pensamiento de la regla de San Agustín, su situación preeminente y el peso de sus responsabilidades hacen más vulnerables.

De una Iglesia cargada de preocupaciones, pero enriquecida por veinte siglos de experiencia, no sabríamos esperar decisiones o actos precipitados. No es un Concilio, sino Cristo quien, por su Buena Nueva, ha revolucionado la historia del mundo. Solicita por todos, lo mismo que una madre, la Iglesia se refugia siempre en este suceso de salvación, único y singular, para curar todas las miserias (Act. 28,27). Con este pensamiento de solicitud maternal, descrito por San Agustín (De mor. eccl. 1,30,63), concluiremos la presente carta pastoral: 'Iglesia, Madre nuestra, tú enseñas a los niños con sencillez, a los jóvenes con vigor, a los ancianos con dulzura; tú enseñas a cada uno según el grado de madurez no solamente de su edad, sino de su inteligencia (...). Tú nos muestras de continuo a quién se le debe honor y respeto, a quién estima y obediencia, a quién exhortación y consejo, a quién castigo y reprensión (...). Tú nos enseñas que, si todo no es debido a todos, a todos es debida la caridad, a nadie la justicia.'

(De la Carta Colectiva del Episcopado holandés "Sobre el Concilio". La Documentation cathol. 43, 1961, 798-800).